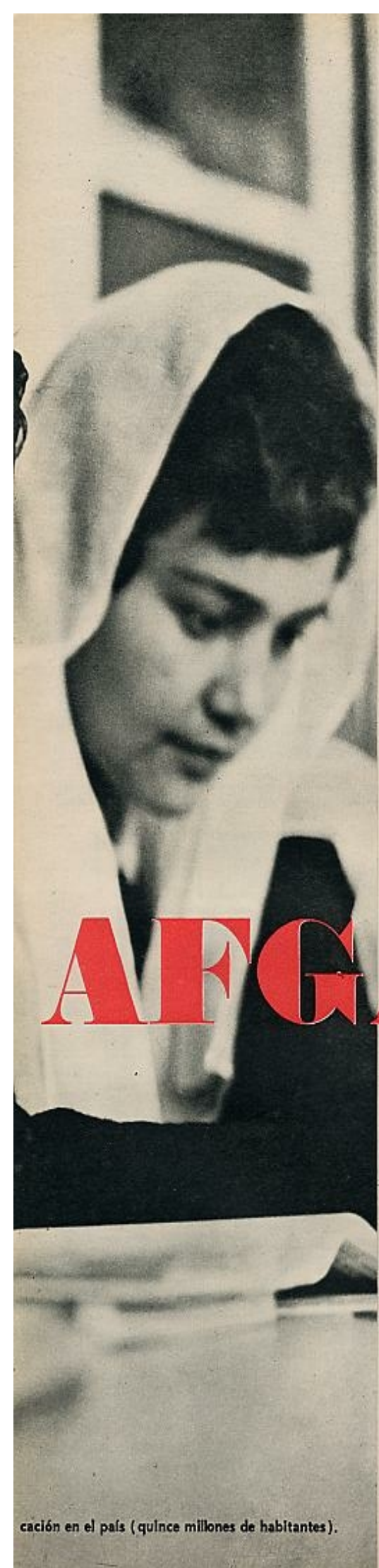




El diez por ciento de los escolares de Afganistán son mujeres. La tradición musulmana, prácticamente ha dejado de ser un serio obstáculo para la edu



Afganistán tiene unos 600.000 kilómetros cuadrados. Su capital es Kabul. Su economía está basada en los cereales, el algodón, la lana, plomo, el hierro, el carbón y el petróleo. Tiene tres autopistas.

UNA NACIÓN VA A LA ESCUELA

AFGANISTAN

HACE veintitrés siglos, Alejandro Magno entraba en la India a través del Paso de Khyber, situado en lo que hoy es frontera del Pakistán Occidental y el Afganistán. Ahora, los americanos han construido una gran autopista que atraviesa todo el Afganistán, desde Persia a ese paso. Los rusos, por su parte, han hecho otras dos, en dirección norte-sur. Una de las autopistas de construcción soviética y la americana se encuentran en Kabul, la capital, una ciudad de cuatrocientos mil habitantes, centro de una región fértil, núcleo universitario (la Universidad fundada en 1932 tiene seis facultades y varias escuelas filiales) con más de dos mil estudiantes y en cuyas calles se ven todavía escenas muy semejantes a las de tiempos de Alejandro: recuas de burros cargados, puestos de venta callejeros donde el pan se ofrece a los compradores en grandes sacos listados...

Estas tres autopistas (parte importante de los siete mil kilómetros de carreteras que forman las principales vías de comunicación de esta nación sin ferrocarriles) se deben a una hábil política de neutralismo positivo, que ha comenzado a reportar al Afganistán buenos beneficios. El país, Estado tapón de Asia central, tiene una privilegiada situación estratégica. De ahí que haya sido frecuentemente invadido a lo largo de la historia: los griegos de Alejandro, los persas, los turcos, Gengis Kan, los persas de nuevo, hasta que en 1747 se declaró independiente. Los ingleses —que veían en él un buen eslabón para su cadena de estadios protectores de la frontera india— trataron de dominarlo. No llegaron a ello plenamente, pero su influencia fue grande y lo ocuparon el siglo pasado. Esta ocupación fue difícil de sostener y en 1921 el Afganistán recobró la independencia. Desde entonces ha mantenido su neutralidad, y así lo **SIGUE**



Uno de los problemas más urgentes del Afganistán es la falta de profesores nativos. Actualmente la mayoría de los siete mil que ejercen en el país son extranjeros: rusos, hindúes, americanos, alemanes, austriacos... Abajo, las mujeres en una biblioteca escolar, repasan revistas gráficas, algunas de las cuales son de modas.



AFGANISTAN

hizo durante la segunda guerra mundial. Al término de ella, los rusos ejercieron una especie de protectorado. De hecho ésta era una tendencia antigua, que venía de tiempos de los zares, porque buena parte de la frontera afgana es compartida con la URSS. Hoy la influencia soviética ha bajado y el rey constitucional, Mohamed Zahir, recibe ayuda de rusos y americanos, abriendo las fronteras a expertos y técnicos de todo el mundo. Hay en marcha diversos programas de desarrollo económico —con aportaciones de la URSS, USA y la ONU— para fomentar la agricultura (trigo, maíz, algodón, arroz, remolacha, frutales), la ganadería, que con sus inmensos rebaños de ovejas (unos quince millones de cabezas) tiene acaso mayor importancia que la agricultura, la minería (ya Marco Polo citaba en el *Libro de las Maravillas* las minas de sal de Badakshan) y la industria. Esta se centra, fundamentalmente, en las fábricas textiles, las refinerías azucareras y la artesanía: no es raro ver hombres cosiendo, en viejas máquinas movidas manualmente, artísticos tapetes y tejidos de seda japonesa, que luego son exportados. También las pieles de carnero karakul —unos dos millones al año— rinden divisas...

Pero, sin duda, donde se ha concentrado el mayor esfuerzo ha sido en la enseñanza. En este país, poco mayor que España y con quince millones de habitantes, la educación había estado ausente durante siglos. La poca que había era callejera —como muchas de sus pequeñas industrias artesanas— y religiosa (el 99 por ciento de la población es musulmana y el resto hindú). Algún «mullah» mahometano que enseñaba a leer el Corán a los niños. En los dos últimos años la situación ha empezado a cambiar. La tasa de analfabetismo es todavía enorme, pero hay ya más de mil quinientos centros escolares con cerca de trescientos mil alumnos y siete mil profesores. Estos vienen de los más diversos países: hindúes y rusos en las dos universidades de Kabul y de Nangarhad (fundada en 1963); americanos del «Cuerpo de la Paz», en las escuelas secunda-

SIGUE



Un grupo de mujeres en la clase de ciencias. Abajo, uno de los muchos profesores alemanes que hay en el país y otro de Afganistán revisando las pruebas de imprenta de un libro que ha sido editado en mutua colaboración.





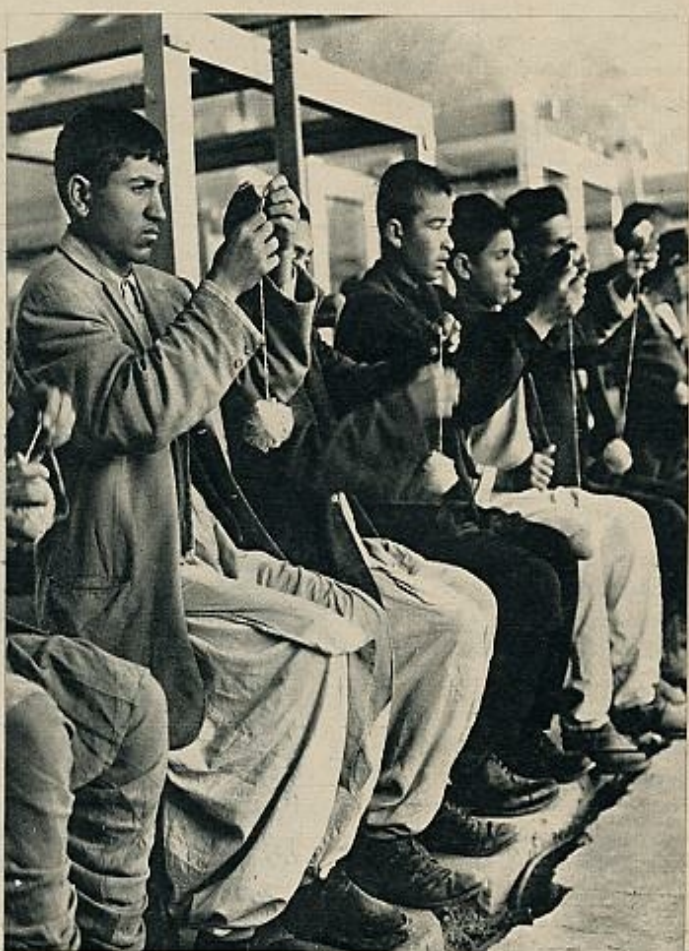
La O. I. T. ha establecido una tenería modelo en la ciudad de Charikar, donde expertos indios enseñan a los afganos los más modernos métodos de trabajo.



La educación se extiende también a la agricultura. Un ingeniero japonés instruye a sus colegas afganos en las obras de conducción de agua próximas a Kabul.



Varias academias de arte están dirigidas por alemanes. Aquí vemos a uno observando el trabajo de un joven afgano, que aprende alfarería en la escuela.



Parte de la industria afgana está en las fábricas textiles —el algodón es uno de los productos de su agricultura— y el hilado se estudia en las nuevas escuelas técnicas.

rias; alemanes en las academias de arte; austriacos en la escuela de música de Kabul, patrocinada por la Academia de Viena...

Aunque el país es de tradición musulmana, hoy más del diez por ciento de los escolares son mujeres. Este porcentaje crece en la enseñanza media y en las universidades. Hace quince o veinte años las mujeres estaban totalmente excluidas de la vida pública. Hoy se rompen las barreras y la mujer se incorpora a la marcha de la nación. Ocurre algo semejante a Turquía, cuando Kemal Atatürk propugnó la modernización del país.

El nomadismo constituye un inconveniente grave para la campaña de educación. Más de dos millones de personas son nómadas. La organización tribal persiste y las luchas entre tribus rivales no están relegadas aún a la historia pasada: el pillaje y la violencia han sido frecuentes hasta hace poco tiempo. Los pastores trashumantes viven en tiendas hechas con pieles de carnero, como vivían en la época de Gengis Kan. Los campesinos tienen una pobre choza por casa y todavía gran parte de la cosecha de trigo (unos tres millones de toneladas anuales) ha sido trillada por animales, aventada a mano y transportada a los graneros en burro. Pero cada vez es menos frecuente la estampa del «mullah» islámico, sentado sobre una manta de listas, que enseñaba a los niños a leer el Corán. Ahora los niños van a la escuela. Y al extraño pupitre hecho con dos tablas cruzadas en forma de aspas, donde se acunaba un Corán manoseado y viejo, ha sucedido la mesa donde los alumnos aprenden matemáticas, física o química. Junto a la lengua afgana o la persa (las más frecuentes) escritas en caracteres arábigos, el ruso, el inglés, el francés o el alemán, son idiomas frecuentes en las universidades. Un afán de aprender domina este país —anclado hasta hace poco en la Edad Media— que consolidó su independencia a favor de las rivalidades entre la Rusia zarista y el imperio británico —Churchill luchó, a finales del siglo pasado, en el paso de Khyber contra tribus pathanes sublevadas— y que ahora sabe aprovechar la tensión entre capitalismo y socialismo.

AFGANISTAN

